

al ideal clásico y comienza una carrera vertiginosa por todo el Siglo de Oro. Durante más de un siglo, para bien o para mal, nunca lo sabremos, la inspiración es la dueña y señora de la creación literaria.

*“Yo soy aquel que en la invención excede
a muchos, y, al que falta en esta parte,
es fuerza que su fama falta quede.”*

(M. de Cervantes. “Viaje al Parnaso”. Cap. IV)

Lope y Calderón tienen los mismos motivos para ser considerados clásicos que románticos.

Pero nuestro trabajo hoy se centra en el estudio comparativo sabemos que de una forma sucinta, de un asunto histórico tratado por un autor clásico, Tirso, y un romántico, el Marqués de Molíns. Son dos versiones bajo los títulos de “*La prudencia en la mujer*” y “*Doña María de Molina*”, respectivamente.

Antes de entrar en detalles reflexionemos un poco. Parece a simple vista que Tirso de Molina, por la época que le tocó vivir, formación intelectual y religiosa, debe diferir bastante del romanticismo del XIX. Estamos de acuerdo, pero no está tan lejano como en principio cabría esperar.

De entre sus obras, “*El burlador de Sevilla*” de paternidad indudable, al decir de Valbuena Prat, contiene gran número de elementos románticos:

1. Rebeldía desmesurada. D. Juan no es un mero libertino. Tiene una fe creyente; de ahí que su desafío a los poderes sobrenaturales alcance una desproporción gigante.

2. D. Juan es un personaje contradictorio. Él tiene honor:

*“Honor
tengo y la palabra cumplo
porque caballero soy.”*

(Jornada III, escena XIV).